

CAPÍTULO 1

—Acabo de matar a una chica.

Esas fueron mis primeras palabras, entrecortadas, nada más entrar en casa y ver a mi mujer. Temblaba a cada segundo, el olor que desprendía mi cuerpo delataba mi miedo. Era a sudor intenso, un sudor que nada tiene que ver con el del desgaste físico. Era el sudor de la tensión: en mis manos, en mis axilas. Se deslizaba por mi cara como si acabara de salir de la ducha, estaba empapado en él, en el sudor del miedo, era la primera vez que mataba a alguien.

Mónica se quedó paralizada, no podía ser de otra manera. A pesar de su facilidad para abordar cualquier tema, en esa ocasión no encontró nada que decir. Yo, todavía temblando y con los ojos enrojecidos, quise aclararle enseguida.

—Ha sido un accidente, pero está claro que se podía haber evitado. ¿Cómo ha podido pasarme esto a mí? —Estaba sofocado, me faltaba el aire.

Entonces ella reaccionó: acarició con suavidad mi cara con sus dos manos y después me abrazó. No era un abrazo cualquiera. Era un abrazo con el que me indicaba que tenía su apoyo, en todo, como siempre. Rompí a llorar. Una vez más ese día, y yo no era una persona de lágrima fácil. Pero esa no era una situación más, ese hecho iba a marcar mi vida.

—Vamos a sentarnos y me lo cuentas todo tranquilamente, cariño. Voy a estar contigo, apoyándote. A ver, dime.

No podía haber una persona que me diese mayor sensación de seguridad que mi mujer, mantenía la calma siempre, y, si no, lo aparentaba; transmitía serenidad. Y a mí, en aquel momento, me dio aire. Nos sentamos, cerca el uno del otro, cogidos de las manos. Mónica me miraba a los ojos, o eso intentaba, porque yo no me atrevía a levantar mi cabeza, no podía estar más avergonzado de existir; aunque fuese mi mujer, tampoco a ella podía mirarla a los ojos. No en ese día tan oscuro.

Respiré hondo, y en un tono de voz débil y sofocado intenté explicarle lo ocurrido. No había secretos entre nosotros, y ese no podía ser el primero, necesitaba un apoyo para afrontar esa desgracia, y no había uno mejor que Mónica.

—Verás... No sé cómo explicártelo. Ha sido una pesadilla. ¿Qué probabilidad podría haber de que alguien estuviese detrás de aquel arbusto?

—¿Pero de qué hablas? ¿Ha sido en la cacería? —preguntó sin poder disimular su sorpresa. Seguramente, en un principio, ella pensó que se trataba de un accidente de tráfico.

—Sí. Bueno, justo al terminar. Ha sido una irresponsabilidad, esa es la verdad. No sé cómo decírtelo, podía haberlo evitado; debía haberlo evitado. Me siento como una mierda, soy lo peor. —No quería esconderle mis sentimientos, tenía que contárselo tal cual fue, y no era fácil, pero debía hacerlo, debía y quería.

—¿Disparaste a alguien?

—Disparé a un arbusto. Se movía algo detrás de él, nadie se hubiese imaginado que en lugar de un ciervo o un jabalí había una persona. Lo comprobé cuando, después del disparo, fui a ver qué animal era. Cuando vi a Leonor, quise morirme, no podía ser verdad, pero lo era, estaba muerta.

Mónica fue a darme otro abrazo, todavía me estrujó más fuerte que en el anterior. Aunque no la estaba mirando a la cara, adiviné que también su rostro había cambiado al escuchar mi testimonio. Me abrazó durante un buen rato para, de esa forma, asimilarlo ella también y preparar una respuesta que me diese algo de aliento.

—Cariño, eso es un accidente, igual que cualquier otro. Por supuesto que tiene que ser duro, pero tú no eres un asesino.

Enseguida la interrumpí.

—Esto no es un accidente. Cualquier persona sabe que no se debe disparar hasta ver de qué animal se trata, ¡es muy sencillo, joder! ¿Quién cojones me mandó disparar?

—A ver, es cierto. Sí, es cierto, no debiste disparar sin saber lo que había detrás. Aunque, como tú dices, ¿qué probabilidades había de que fuese una persona? Dime, ¿un uno por ciento? Ni tan siquiera eso. Todos cometemos

irresponsabilidades, esta es una más, de verdad, todos las cometemos. La única diferencia es que a ti te ha tocado la mala suerte, la inmensa mala suerte de que detrás de ese arbusto había alguien. —Mónica se apartó ligeramente, se sacó un cigarro y se lo encendió. Durante unos segundos permaneció reflexiva a la vez que me miraba. Entonces me atreví a levantar la cara y observarla, con los ojos llorosos, aún con mucha vergüenza, pero me atreví—. ¿Y te vio alguien? Quiero decir, ¿alguien sabe lo ocurrido? —preguntó con gesto pensativo.

—No, no se enteró nadie. ¿A quién se lo iba a decir? Antes de hablar con la guardia civil quería hablar contigo para tranquilizarme. Tú siempre sabes cómo hacerlo.

—Creo que has hecho bien en no decírselo a nadie. Por cierto, no sé quién es esa Leonor, ¿vive aquí?

Mi mujer no conocía a toda la gente del pueblo. Si bien Rincón de Olivedo no llega siquiera a los setecientos habitantes, Mónica llevaba viviendo ahí apenas cuatro años y Leonor era una chica que no socializaba demasiado. Además, debido a sus estudios en la universidad, entre semana la joven fallecida se quedaba en Logroño, de modo que solo se la veía por el pueblo los fines de semana, normalmente, acompañada de su novio, aunque a ambos les apasionaba la naturaleza y cuando estaban en Rincón de Olivedo se pasaban casi todo el tiempo por el monte.

—Es hija de Mario, el fontanero del pueblo. Seguro que la has visto varias veces —le expliqué, atreviéndome por fin a mirarla a los ojos—. Necesito ducharme, necesito sentirme limpio —concluí sofocado.

Era importante para mí, quería dejar atrás esa angustia, ese nerviosismo en el que ya llevaba envuelto horas y todavía no descendía, ese olor corporal a miedo, ese miedo y ese ahogo que no me dejaba respirar, estaba casi hiperventilando. Necesitaba tomarme unos minutos antes de seguir con aquella pesadilla. De alguna manera quería sentirme limpio, aunque solo fuese en la capa exterior de mi cuerpo.

—Será lo mejor. Intenta relajarte, Cristian. Ya te he dicho que yo te voy a apoyar en lo que haga falta —dijo al verme levantar y salir disparado hacia la habitación—, voy a abrir una botella y a hacer algo para comer. Cuando termines, vienes y

charlamos con tranquilidad, seguro que vemos las cosas de diferente manera.

Sonaba raro que me llamase por mi nombre. Desde que, cuatro años atrás, empezamos la relación, solo cuando discutíamos me llamaba Cristian. Ella casi siempre me llamaba «cariño». Supongo que ese día la situación invitaba a llamarme por mi nombre.

El agua de la ducha empapaba mi cuerpo mientras yo, con la mirada perdida, intentaba ver alguna posible salida a aquella situación. Una que no me hiciese ir a la cárcel, lo cual no sería nada fácil, como no lo sería convencer a nadie de que fue un accidente, ¿quién se podría creer eso? Tampoco podía esconder el cuerpo y hacer como si nada hubiese pasado, no sería decente, no estaría nada bien. Entonces, ¿qué podía hacer? ¿Tenía alguna opción más?

Al final, dejé de pensar. Limpié mi piel y salí de la ducha. Me afeité, como hacía todos los martes y sábados del año, y me vestí elegante, también como cualquier sábado, domingo o fiesta de guardar, aunque contemplando, esta vez, la posibilidad de tener que ir aquella misma tarde a declarar al cuartel. «No puede ser cierto», me decía una y otra vez. Quería despertarme, despertar de aquella maldita pesadilla. Pero no, era una realidad, una que inevitablemente me cambiaría la vida, la misma que hasta ese momento había sido cada vez más y más perfecta.

Aunque, cuando terminé de vestirme y fui al salón comedor, donde estaba mi mujer, lo cierto es que, no sé si por aquella ducha o por las palabras de Mónica, estaba algo más tranquilo. No mucho, pero al menos notaba que podía respirar, ya no me ahogaba, tan solo temblaba y sudaba, el mismo sudor que antes de meterme en la ducha, ese sudor tenso, que entonces ya mojaba poco, pero que seguía oliendo demasiado. Pero no me ahogaba, respiraba, sobrevivía a esa ansiedad. Y es que mi mujer sabía cómo tranquilizarme; no sé si influiría en algo el hecho de que tuviera cinco años más que yo —yo treinta y dos años y ella treinta y siete— o sería por su carácter, pero la cuestión es que me hizo sentir mejor.

Tocaba entonces ver cómo íbamos a afrontar la situación. Por mi parte, no podía pensar con ninguna claridad, estaba

bloqueado. La imagen de hombre alegre y decidido que siempre había proyectado, ese hombre que hasta aquel día era tan feliz, que se iba a la cama deseando que llegase la mañana siguiente, tan feliz que incluso a veces, y de manera ilógica, sentía cierta culpa por serlo tanto, había dado paso a la de un joven tembloroso, dubitativo, desbordado por el miedo. Un joven que no sabía lo que iba a hacer, pero lo que sí tenía claro era que ese día supondría un antes y un después en su vida. Fuese cual fuese la manera de afrontarlo.

CAPÍTULO 2

¿Quién se podía imaginar que aquella soleada mañana de noviembre traería consigo semejante desgracia?

Me desperté sobre las siete de la mañana, un rato antes de que sonara el despertador, como me pasaba siempre que llegaba un día importante, y para mí, siempre que tenía una cacería, era un día importante. Aunque a lo largo de mi vida hubiese ido a cantidad de ellas, no dejaba de ser un momento especial, me encantaba la caza, sobre todo la caza mayor y, además, esta se iba a celebrar en mi pueblo, en Rincón de Olivedo.

La ropa la había dejado preparada la noche anterior, justo antes de hacer el amor con mi mujer, como casi todos los viernes. Bueno, los viernes o cualquier otro día de la semana, era raro que pasaran dos días sin que tuviésemos sexo. Estaba al lado de la cama: pantalón y chaqueta de camuflaje, su respectivo chaleco, calcetines gruesos, calzoncillos, camiseta interior y mis botas marrones de Notton; esas mismas que me había regalado ella para la temporada de caza.

Siendo yo uno de los anfitriones en dicha cacería, ejercí de tal convocando a todos los demás cazadores en un bar de mi pueblo —el Jorpe, que era el que más pronto abría, además de que el dueño era Fredi, un amigo mío— para tomarnos un café y hacer el sorteo de los puestos. También aprovechamos para charlar sobre nuestras vivencias de caza, anécdotas de todo tipo con las que solían comenzar casi todas las monterías, al menos casi todas a las que yo había asistido. Normalmente, un sorteo dura cinco minutos escasos, pero entre los cafés y luego algún que otro chupito, permanecemos en el bar un buen rato. Algunos nos quedamos dentro, y los fumadores se salieron fuera; de esa manera, el pequeño bar quedaba desahogado.

—Fredi, prepara bien de zanahoria, puerro, cebolla y alguna patatita frita en dados para hacer el jabalí —dije guasón.

—Si es pequeño, igual hasta se puede hacer asado, ¿o qué? —preguntó siguiendo el vacile—, como un cochinitillo. Seguro que también sabe bueno así.

—No conozco a nadie que lo haya hecho al horno. Esa carne pide salsa, si no se quedaría muy seca. Parece mentira que te tenga que enseñar yo de cocinillas.

—Qué cojones dirás, ya sé de sobra que la caza está mejor guisada, ¿o es que no ves que en fiestas siempre que la pongo en la carta va en estofado?

—Pues por eso te decía que me extrañaba de un gran chef como tú que valorases la opción de hacerlo asado —continuó con la ironía, nos gustaba hacer guasa con cualquier tema—, si no, también le puedes echar miel, como te enseñó el Francis Paniego que hacía con las costillas en aquel cursillo.

—¿Y no estaban cojonudas o qué? —preguntó subiéndose las gafas en un gesto que mi amigo tenía por costumbre.

—La verdad es que sí.

Lo estaban, buenísimas, igualitas que las que hacía el propio Francis en su restaurante de Logroño: Tondeluna. Al venir con otro café, al que me invitó, continuó.

—Bueno, entonces, ¿preparamos mañana domingo jabalí guisado para cenar?

—Eso no se puede comer al día siguiente de cazarlo, Fredi. Estaba de broma —respondí—, hay que hacerle la prueba de la triquinosis y esperar unos días.

—Malo será que tenga la triquinosis esa, ¿no?

—Hombre, lo más normal es que no la tuviese. Pero sería una estupidez jugarse la vida por un capricho así. Además, igual me vengo de vacío.

—No jodas. Tú en Carnanzún te conoces hasta donde caga cada bicho. Algún jabalí o algún ciervo seguro que cae.

—Ya veremos. Gracias por el café.

Como en cualquier cacería, muchos ya nos conocíamos de otras ocasiones, otros tantos eran desconocidos para mí, pero siempre se respiraba el mismo ambiente festivo, agradable y positivo entre los presentes. Con ganas, con ilusión.

La cacería iba a tener lugar en el término de Carnanzún, terreno que desde el pueblo estaba a unos diez minutos en coche, en unos puestos en los que habitualmente se cazaban malvices. Dichos puestos empezaban desde una charca, al término del camino de abajo, y ascendían por un cortafuegos hasta otro camino que subía hacia unos aerogeneradores.

Estaban distribuidos a lo largo de todo ese cortafuegos, que era el que separaba los campos, llenos de viñas y almendros en su mayoría, del extenso pinar que llegaba hasta el pueblo vecino, y en el que se cobijaban los animales. Iba a ser, de hecho, la primera cacería en ese cortafuegos. Se pretendía con ello suavizar los daños en las cosechas de los habitantes de Rincón de Olivedo, ya que últimamente los ciervos y los jabalíes estaban perjudicando a la producción de manera exagerada.

Aparqué mi Toyota al terminar el camino de abajo, encima de la charca, junto a otros seis o siete vehículos. La mayoría dejó sus vehículos en el camino de arriba, había más espacio y les resultaba más cómodo llegar a sus respectivos puntos. Mientras subíamos el pequeño repecho de unos ciento cincuenta metros hasta llegar al primer puesto, charlaba con un conocido cazador del pueblo vecino.

—Vaya mierda de puesto que me ha tocado, el primero... —comenté con resignación. El primero, siempre era el peor puesto de todos, en el que menos posibilidades tenías de matar algo, el que nadie quería.

—Ya sabes cómo es esto, Cristian; cuanta más ilusión te hace algo, peor suerte tienes. Basta que sea la batida en tu pueblo para que te toque el peor sitio. —Se paró justo a la altura de mi puesto, cuando ya me estaba acomodando en el mismo, y se dirigió de nuevo a mí—. Cristian, si quieres, ya que te hace tanta ilusión esta batida, te lo cambio.

Creo que lo dijo por compromiso. Así que no acepté, ya tendría más suerte en otra ocasión.

Ya instalado, comencé con mi ritual: me puse el chaleco reflectante obligatorio, acondicioné el puesto con ramas de manera que estuviese lo más escondido posible, desenfundé mi rifle, un Benelli Argo, lo cargué y, por último, apagué el teléfono. No me gustaba tener el móvil encendido durante las cacerías, me distraía; no podía escuchar el sonido de un wasap y quedarme sin mirarlo ni tampoco dejar de responder una llamada, era superior a mí. Siempre tenía el móvil disponible, siempre excepto cuando iba de caza.

La mañana era ideal: buena visibilidad, clima agradable para estar ahí parado durante unas horas y nada de viento; se diferenciaba cualquier sonido por lejos que estuviese, eso te

hacía estar atento, no bajar la guardia. Desde donde yo estaba, apenas tenía acceso visual al puesto número dos, era el único que podía ver. Había un señor de edad avanzada, no lo conocía y tampoco tuve la oportunidad de hablar con él aquella mañana; había que permanecer en silencio, en riguroso silencio.

La ilusión con la que empecé, con esos pequeños nervios que siempre me afloraban durante las cacerías, esperando ver cruzar una buena pieza, había desaparecido; no había disparado en toda la mañana, ni siquiera había visto un animal. El puesto número uno siempre es el peor y aquella mañana de sábado no fue una excepción. Me resistía a irme de esa manera, a cero, por eso esperé un poco más hasta ser el último en abandonar el monte. Tal vez, después del ajeteo, algún animal podía confiarse y salir. Pero no, no apareció ninguno y no tuve más remedio que resignarme e irme.

Descargué el arma, la enfundé y encendí el móvil: apenas una rayita de cobertura con la que, dependiendo del punto exacto donde estuvieses, en ocasiones llegaban los mensajes y las llamadas y en ocasiones no. Esa mañana, ninguno. Bajé entonces hacia el coche, era una cuesta pequeña, pero muy pronunciada, en la que por un lado se veía la charca. Mientras bajaba, algo llamó mi atención, me detuve; justo encima de la charca había un arbusto y detrás de él, algo se movía, lo escuché y lo vi, vi esa mata que se movía; no podía ser el viento, esa mañana no había, tenía que ser un ciervo o un jabalí. Saqué el arma y la cargué. Podría haber bajado hasta el vehículo y desde ahí acercarme para tener un disparo más sencillo, pero era mucho más emocionante así: sin saber de qué animal se trataba, sin verlo siquiera; además, el disparo desde ahí tampoco era difícil, había menos de cien metros y tenía tiempo para apuntar. Apunté a media altura del arbusto, a la altura del corazón, si se trataba de un ciervo, o de la cabeza o el lomo, si era un jabalí. Y disparé. El matorral se dejó de mover, seguramente habría muerto.

Bajé deprisa. No quise guardar el arma en el todoterreno antes de saber si, en efecto, el animal había muerto. Miré hacia el camino, asegurándome de que nadie me hubiese visto ni hubiese escuchado el disparo; ya había terminado la cacería y,

obviamente, lo que acababa de hacer estaba prohibido. No había nadie, ningún vehículo, nadie, solo yo. Era imposible que alguien me hubiese visto.

Era apasionante ir hacia el arbusto sin saber qué animal sería. La cacería había salido mal, muy mal; pero ese último acontecimiento había cambiado mi valoración de la misma. Ahora, con esa sensación de máxima emoción, se había convertido en una gran mañana.

Llegué a la altura del matorral encañonando mi rifle, con un margen de seguridad por si el animal estaba herido y me atacaba. Y entonces, al asomarme al otro lado del arbusto, vi el cuerpo de Leonor, bocarriba, con un disparo en la frente. Muerta, no había duda.

Esa maravillosa emoción con la que llegué al lugar se convirtió en un segundo en la peor de las emociones posibles. No podía ser verdad, había matado a una chica, a alguien joven, alegre, con toda la vida por delante y a quien conocía desde siempre, a una chica del pueblo; no respiraba, no tenía pulso, ¿Cómo iba a tenerlo, si le había volado la cabeza? En ese momento mi corazón latía de manera exagerada, parecía que en uno de esos latidos me iba a explotar. En cuestión de segundos, mi sudor había empapado mi cuerpo, nunca antes había sudado así, estaba regado. Temblaba. Casi no podía mantenerme en pie, mi mandíbula parecía querer desencajarse de mi cráneo. Mis ojos derramaban lágrimas como nunca antes lo habían hecho, al menos, no así. No me lo quería creer, pero estaba claro, era real, había matado a un ser humano por mi irresponsabilidad. Yo, que no me consideraba una mala persona.

Tras unos minutos asumiendo lo inasumible, intenté pensar con algo de claridad. Pero estaba asustado, triste por cómo se habían desarrollado los acontecimientos; culpable. Me preguntaba cómo podía haber ahí una persona, escondida, sola. ¿Qué probabilidades podría haber de que no fuese un animal? Y ¿por qué estaba allá?

Al examinar el arbusto, pensando en lo que había hecho, vi en un lateral una cesta con setas tiradas por el suelo, eran níscalos. Era un pinar en el cual abundaban ese tipo de setas y a Leonor le gustaba todo lo relacionado con la naturaleza, más de

una vez me la había encontrado por el monte. Eso es lo que aquella chica hacía esa agradable mañana: buscar setas. Hasta que a un malnacido se le ocurrió el juegucito de disparar sin saber qué había detrás. Ya nada se podía hacer por aquella chica. Estaba totalmente hundido. No había consuelo posible.

Miré el móvil, eran casi las dos de la tarde y todos los asistentes a la cacería teníamos comida en el *pub* Luismi, otro bar de mi pueblo, en el que se pondría el broche final a esa jornada de caza. Por supuesto, yo ni quería ni podía ir después de lo sucedido. Decidí apagar el teléfono, ese día no tenía ganas de recibir llamadas ni wasaps.

Me subí en el todoterreno, todavía temblando y con los ojos llorosos, y me fui a casa, solo tenía ganas de ver a una persona, mi mujer, y de intentar tranquilizarme. Y luego, cargar con aquel estúpido acto que había arruinado la vida de dos personas: la de Leonor, que estaba muerta, y la mía, porque a partir de entonces estaría muerto en vida.

CAPÍTULO 3

Hasta ese día, se podría decir que todo en la vida me había sonreído: no había tenido problemas de salud, me llevaba bien con cada miembro de mi familia y también con mis amigos; tenía muchos amigos. Hacía cuatro años que había comenzado una relación con Mónica, una chica de Madrid que entonces vivía en Logroño, y de la cual estaba enamorado. En el aspecto económico siempre había vivido desahogado. Sí, hasta ese día tenía una buena vida. Una vida perfecta.

Cuando cumplí veinte años, terminé mis estudios. No me gustaba nada estudiar y si me saqué el grado medio y posteriormente el grado superior de Administración y Finanzas fue por darle gusto a mis padres; ni por asomo me iba a dedicar a ese oficio. Ni a ese ni a cualquier otro en el que tuviese que estudiar. Mi futuro ya lo tenía decidido, quería seguir con las viñas de mi padre.

Tanto él como mi madre me insistían en que siempre tendría tiempo para ser viticultor, querían que hiciese como mi único hermano, mi hermano mayor Adrián, que se sacó el mismo grado superior que yo y tenía un trabajo muy cómodo en el Ayuntamiento de Cervera, un pueblo vecino. Pero yo amaba la naturaleza ¿Cómo iba a poder estar en una silla sentado toda la mañana? Mi mundo tenía que estar vinculado al campo y, siendo riojano, nada mejor que las viñas. Además, tenía las espaldas cubiertas con unas cuantas hectáreas que ya tenía mi padre, que se había dedicado a eso toda la vida. Aparte de que era un enamorado del mundo del vino, puede que aquella fuese la mayor razón. Tenía que ser viticultor, era mi destino. De modo que me hice joven agricultor.

Fueron unos hermosos años trabajando con mi padre en las viñas. Aprendiendo todo lo que él sabía y que a su vez me enseñaba, absorbiendo todo lo relacionado con ese mundo, me interesaba cada uno de sus aspectos: diferentes especies de uva, de terrenos, tipos de poda, material adecuado, maquinaria; cualquier tema relacionado con la viticultura me importaba.

Fue por eso por lo que, cuando tenía veintiocho años y ya se podía decir que dominaba el mundo de la vid, me empezó a picar el gusanillo del vino de Rioja y quise entender de vinos, saber cuáles eran mejores o peores, más suaves o más recios; aprender de diferentes olores, sabores y colores del caldo riojano por excelencia. Siempre me había encantado beberme una buena copa de vino, de vino Rioja, pero entonces se había despertado en mí un mayor interés. Quizá porque era inquieto o quizá porque en realidad ese tema me había apasionado desde siempre y nunca me había decidido; entonces me informé de distintos cursos de enología y me inscribí en uno.

Este era en Logroño, dos tardes a la semana, cuatro horas cada tarde durante dos meses. Del precio no me acuerdo, pero sé que era el más caro de todos los que miré, pensé que, al ser el más caro, sería el mejor. Tampoco me afectaba mucho al trabajo, ya que por las tardes no siempre iba a las viñas; normalmente, me despertaba temprano para hacer las labores por la mañana y así tener alguna tarde para mí, para mis ocios e inquietudes.

En ese curso de enología fue donde conocí a Mónica. Era la que impartía el mismo. Aún recuerdo cuando entré por la puerta el primer día, no había demasiada gente, seríamos una docena; casi todos mayores que yo, de la edad de Mónica o más, en algunos casos. Yo me senté delante, en primera fila; no porque me gustara el sitio, sino porque llegué de los últimos. Llegué a la hora en punto, las cinco de la tarde. No me gustaba llegar ni antes ni después a los sitios.

Mónica también parecía tener parecida filosofía, fue la última en llegar, a las cinco y cinco. Su aspecto elegante y atractivo me cautivó desde el primer momento. Llevaba un vestido rojo color vino, andaba sobre unos tacones de aguja que sonaban acompasados cuando caminaba hacia su silla; su pelo era largo y rubio, recién planchado. Aparte de atractiva, también era guapa, muy guapa. Su perfume imponente, como ella misma, una mujer impresionante. Sin ni siquiera abrir la boca, ya había captado toda mi atención; cuando la escuché decir sus primeras palabras, con esa voz melosa, quedé rendido ante ella.

Es cierto que yo era un chico romántico; a pesar de no haber tenido más que una novia sería en toda mi vida, me enamoraba con facilidad, y el arte de ligar era algo que, con mi descaro y valentía, manejaba bien. Por ello, esa chica que nos iba a dar las clases hizo que mi corazón latiera deprisa, que en aquel momento me olvidase del curso y de todo lo demás y me imaginase besándola y no pudiese prestar demasiada atención a lo que ella tan bien explicaba. Aunque, para ser honesto, ese primer día, cuando la vi por primera vez, también me di cuenta de que sería difícil que ese tipo de chica se fijase en mí. No sabría muy bien decir por qué, no es que fuese yo un joven deslucido, es más, me consideraba un tío guapo; pero esas cosas se saben, uno mismo las sabe, no era el estilo de chica habitual en mí: era despampanante.

Aun así, mi carácter decidido me empujó a dirigirme a ella nada más terminar la clase. Cuando ya toda la gente salía, me hice el remolón para intentar quedarme a solas con ella. Quería sentir esa emoción que te produce intercambiar unas palabras con alguien que deseas. Así, sin pensar siquiera lo que le iba a decir, me lancé. Sin dudas, pues no creía tener apenas opciones de poder conquistarla.

—Mónica... —no sabía cómo continuar, no había pensado qué decirle —, es un placer tener a una profesora que explique tan bien este maravilloso mundo del vino. Además, es usted muy guapa.

¡Pero por dios! ¿Qué era eso de llamarla profesora? ¿Y tratarla de usted? Por no decir lo cursi y empalagoso que sonaba todo. ¡Qué desastre! No se podía hacer peor. Si tenía pocas opciones, de esa manera pensé haberlas perdido todas. Los típicos nervios de las primeras palabras me habían traicionado, a mí, ¿por qué?

—¿Cómo se llamaba usted? —preguntó de manera irónica, pero agradable—. Por favor, que no le llevo tantos años al señor. Me siento joven para que me traten de usted. Me alegro de que te haya gustado la clase. Intento hacerlas amenas —terminó diciendo con gesto alegre y cercano.

Lo había hecho mal, desastrosamente, y ella, sin duda, se había dado cuenta, ¿cómo no? Se la veía una chica inteligente. Pero, a pesar de ello, al escuchar su respuesta y, sobre todo, la

manera de dirigirse a mí, me di cuenta de que esas opciones crecían. Y es que cuando hay química no importa demasiado lo que digas; las frases cuentan poco y cobran protagonismo las sensaciones. Esas mismas que, tras cinco minutos más de conversación, nos llevaron a tomar unos pinchos acompañados de unos excelentes vinos a la calle Laurel, mi preferida, nuestra preferida. Donde entonces, sí, compartimos conferencias interesantes y miradas cómplices. Cada minuto nos sentíamos más cómodos, más cercanos y conocidos.

—Ves, este vino, a diferencia del anterior, tiene mucho más cuerpo —dijo después de dar el primer sorbo—, es intenso y en sus aromas se puede distinguir perfectamente que es un reserva, ¿te das cuenta?

—Bueno, todavía me falta mucho que aprender... La verdad es que, de momento, como mejor diferencio un reserva de un crianza es por el color —contesté risueño.

—Vaya, es que eso es muy sencillo. El color de los crianzas es mucho más vivo y rojizo que el de los reservas; el de estos últimos suele tener un tono más apagado, con menos fuerza; casi tirando a marrón.

Yo asentí.

—Para eso me he apuntado al curso, para aprender. Seguro que contigo aprendo un montón.

—Seguro. En tres o cuatro clases más, ya habrás aprendido a diferenciarlos en cata a ciegas. Se te ve listo.

—No sé, a veces las apariencias engañan, aunque es verdad que no me considero torpe, y no quiero que suene arrogante; simplemente, me gusta ser sincero.

—Eso está bien.

—¿El qué?

—Lo de ser sincero, digo.

—Ah, claro. Es uno de los valores que siempre me han inculcado. —Ella asintió. Yo di otro sorbo a mi copa—. Y ya que estamos de sinceros, y aunque es bien cierto que, en ocasiones, las apariencias engañan, te diré lo que no engaña nunca.

Hice una breve pausa esperando su pregunta. En ese caso, los dos bebimos de nuestras copas.

—¿El qué? —inquirió enseguida.

—Lo que nunca engaña es la belleza exterior, y tú de esa tienes un rato —dije mirándola a los ojos, con confianza—, está claro que la interior es mucho más importante, pero por donde nace cualquier tipo de atracción es por la vista; y, como en el caso de diferenciar los vinos, de eso yo ando bien.

—Supongo que es un piropo, así que gracias.

Claro que lo era. Era un enamorado de la vida y de las mujeres guapas; en ese caso, un enamorado de Mónica. ¿Que quedaba algo cursi mi manera de expresarme? Bueno, sí; cosas que pasan cuando empiezas con el juego del amor.

—En realidad, el piropo viene ahora: y es que, aunque apenas te conozco, creo que tu belleza interior es todavía más grande. Sinceramente. Y en esto, a diferencia del vino, sí que creo saber distinguir enseguida si una persona es un crianza, un reserva o un vino del año.

Durante aquella noche, ella me explicó más acerca del mundo de la enología. Yo le conté que también mi vida estaba ligada al mundo del vino. Pincho a pincho, vino a vino, aquel martes deslucido y con apenas gente a esa hora por la afamada calle se convirtió en uno de los días más especiales de mi vida; y creo que de la suya también. Se habían juntado tres buenos ingredientes para ello: buena comida, excelentes vinos y, sobre todo, esa química que flotaba en el ambiente.

Si bien no llegó a ocurrir nada aquel día, ambos tuvimos claro que enseguida ocurriría. Tras la siguiente clase, ese mismo jueves, ya no fui a dormir a casa de mis padres, a Rincón de Olivedo. Ni esa ni ninguna otra: las dos tardes que tenía cursillo me acostaba en casa de Mónica, en un piso que ella tenía alquilado, en una de las mejores zonas de Logroño: el Espolón. Estábamos enamorados, gozando de esos primeros días en los que uno no tiene la capacidad para pensar en otra cosa. En su cuarto de baño, uno de mis cepillos de dientes ya acompañaba al suyo.

Poco tiempo después, empezamos a vivir juntos. Dos años más tarde, nos casamos.